



Patrick Johansson K.

“Miguel León-Portilla y el mundo indígena”

p. 205-220

*In Ihiyo, in Ilahtol. Su aliento, su palabra.
Homenaje a Miguel León-Portilla*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

El Colegio Nacional

Instituto Nacional de Antropología e Historia

1997

366 p.

ISBN 968-36-5957-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in_ihiyo/334.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

EL MUNDO INDÍGENA DE AYER Y HOY



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



MIGUEL LEÓN-PORTILLA Y EL MUNDO INDÍGENA

PATRICK JOHANSSON K.

Introducción

Los acontecimientos bélicos que agitan el sureste de México desde hace ya algunos años tuvieron como consecuencia inmediata el colocar a los grupos indígenas marginados desde hace varios siglos en el *centro* de las preocupaciones sociopolíticas del gobierno federal. El mismo término “indígena”, en su modalidad adjetiva o sustantiva, para muchos sinónimo de “retraso” y parónimo de “indigencia”, cobró un nuevo sentido y se enriqueció de connotaciones entre las cuales figuran de manera todavía algo difusa las de *cultura* y *derecho*.

Al recordar o al descubrir la existencia del “otro” nativo se hizo más urgente que nunca, para las mayorías no indígenas de México, la necesidad de conocer la cultura indígena y, con ella, según una expresión acuñada por el filósofo francés Merleau Ponty, de “co-nacer” a otra realidad y asimismo borrar paulatinamente traumáticos estigmas, viejos como la Conquista, que no permiten la fragua de dos culturas en el crisol de la nación mexicana.

Miguel León-Portilla señalaba hace algunos años, en ocasión del 500 aniversario del Encuentro de Dos Mundos:

Tres siglos de período colonial y cerca de dos de vida independiente han sido tiempo de sufrimiento, sujeción y penuria para los pueblos originarios. Apenas hace unos cuantos años se reconoció al reformarse el artículo 4° de la Constitución mexicana el carácter pluriétnico y multilingüístico de nuestro país. Dicho reconocimiento, aunque tardío, traslada al marco jurídico la conciencia de una realidad insoslayable. Si algo hay que celebrar a quinientos un años del Encuentro de Dos Mundos es precisamente la presencia de millones de mujeres y hombres que mantienen vivas sus lenguas, así como muchos rasgos de sus antiguas formas de cultura.¹

¹ *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993, v. 23, p. 14.

La existencia y el derecho a vivir con todos los atributos de su razón de ser de los indígenas es y ha sido desde hace mucho la meta esencial de Miguel León-Portilla en la cruzada cultural permanente que realiza en contra de la marginación, la opresión, el despojo y la humillación de que han sido víctimas los pueblos nativos de Mesoamérica desde los primeros momentos del periodo Colonial.

De hecho el *presente* y el *pasado* son los tiempos gramaticales y los *tempos* rítmicos que estructuran su obra: el presente no se puede comprender sin un profundo conocimiento de la historia, mientras el pasado, más allá de los cambios inevitables que entraña la evolución histórica de un pueblo, debe reactualizarse permanentemente en el presente. Dentro de este marco estructural, Miguel León-Portilla buscará estimular, amparar y revalorar las culturas indígenas, por un lado, y, por otro, se empeñará en concientizar a las mayorías no indígenas para que puedan apreciar y respetar la cultura indígena de ayer y de hoy.

Dimensión precortesiana del indigenismo de Miguel León-Portilla

Todo comenzó en 1956, cuando el Instituto Indigenista Interamericano publicó por primera vez la ahora celeberrima *Filosofía Náhuatl*, originalmente tesis doctoral, que abrió una nueva dimensión en los estudios mesoamericanos hasta entonces enfocados en lo arqueológico, lo antropológico o lo histórico. El joven investigador, imbuido de Heráclito, Parménides, Homero, Platón, Séneca, Virgilio y otros muchos exponentes del pensamiento antiguo, se había enfrentado a los documentos en náhuatl, “arcabucos breñosos” donde se escondía un tesoro cultural que había rescatado para un vasto público mediante una interpretación basada en estrictos criterios filológicos. Muchos despreciaban la cultura indígena, otros creían que el pensamiento mexicano antiguo, recubierto por los sedimentos del tiempo novohispano, era inaccesible para un acercamiento humanístico. El padre Garibay, entonces mentor de Miguel León-Portilla, escribía al respecto en el prólogo del libro:

...es natural admitir que quien pudo esculpir la llamada Piedra del Sol, gala de nuestro Museo de Arqueología, y quien pudo elevar construcciones como las Pirámides, podía ciertamente enlazar sus pensamientos y dar a conocer sus emociones. Pero en ese campo, o se niega capacidad a los antiguos, o se define que no podemos saber qué pensaron, qué sintieron, qué ideales rigieron sus actos y normaron su marcha en el mundo durante los milenios en que floreció su cultura.

Lentamente se va abriendo el camino a la futura síntesis. Primero hay que ostentar hechos y poner ante los ojos realidades. Vendrá la hora en que el negador calle, el que ríe, piense, y el deturpador de todos los antiguos moldes

aunque tenga de indio la sangre, se humille ante la realidad que se le entra por los ojos hasta el fondo de la conciencia.²

El término “conciencia” sería desde entonces la palabra clave en la obra entera de León-Portilla, quien buscaría sacudir a los mexicanos de su letargo cultural en cuanto a lo prehispánico, por una parte, y, por otra, intentaría traer a la memoria de los indígenas la grandeza de su pasado y la necesidad imperiosa de seguir creciendo en la modernidad sobre las bases firmes de sus tradiciones.

La Filosofía Náhuatl abría el campo de la filosofía hasta entonces reservada a las llamadas “grandes culturas” al espacio-tiempo precolombino y engrandecía consecuentemente a los hombres que habían vivido en aquel momento y cuya grandeza recaía sobre los que existían en el presente. La noción de filosofía aplicada a los pueblos nahuas había provocado, según el mismo autor, “no pocas carcajadas” entre quienes pensaban que los antiguos mexicanos podían ser, en el mejor de los casos, meros “objetos” de investigación antropológica o histórica. Ángel María Garibay, en el mismo prólogo, escribía:

“Filosofía de los pueblos que hablaron lengua náhuatl”. Éste es el tema abarcado por el estudio presente. Cada término pide una declaración. Hemos llegado a la etapa en que por “filosofía” se entiende una serie de consideraciones, cuanto más abstrusas, mejor. Y aunque el nombre con que la disciplina más humana corre está mal puesto, la filosofía no es sino el conato de explicar los sumos problemas de la existencia y la comprensión de ella. Todo hombre de necesidad filosofa, sin necesidad de ajustarse a los moldes de Platón y Aristóteles, ni de Buda o Vivekamanda. Tantas cabezas, otras tantas sentencias, dijo el latino. Y cada cultura tiene su modo particular, propio e incommunicable de ver el mundo, de verse a sí mismo y de ver lo que trasciende al mundo y a sí mismo.

Tiene especial interés y atractivo ver qué pensaron sobre tales temas los hombres de hace siglos que nos precedieron en este suelo. Esa sistematización de pensamientos, emociones, enfoques y visiones íntimas será su filosofía. Existe un modo de comprensión y de solución de problemas humanos dado por la gente que vivió bajo la luz, o la sombra, de la cultura antigua y se nos transmite en lengua náhuatl.³

Con la *Visión de los vencidos*, publicado tres años después por la Universidad Nacional Autónoma de México, se oye verdaderamente con los ojos la voz indígena que describe, a su manera, los embates de la Conquista. Envuelta en comentarios que orientan su apreciación y que

² Miguel León-Portilla, *La Filosofía Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas. 1979, p. XIX.

³ *Ibid.*, p. XX.

la dignifican, esta voz aún colada en los moldes gráficos del vencedor llega a los oídos del lector.

La existencia de un importante conjunto de testimonios indígenas contradice la repetida afirmación de que la historia la escriben tan sólo los vencedores. Hubo *tlahcuilos*, pintores y escribanos, *tlamatinime*, “sabios” que en sus códices y textos hicieron entrega de un legado: “Todo esto pasó con nosotros, nosotros lo vimos, nosotros lo contemplamos; con esta lamentosa y triste suerte nos vimos angustiados...” En sus palabras quedó expresado su propio testimonio: la visión de los vencidos.⁴

Aprovecha el autor para situar históricamente al indígena en relación con el substrato esencialmente mestizo de la población mexicana:

En la historia de México, la Conquista marca el momento en que se enfrentaron pueblos muy diferentes entre sí. De ese encuentro, que para los vencidos fue trauma, se derivó el rostro mestizo que el país y su cultura adquirieron para siempre. La Conquista dejó así huella no suprimible en lo que somos y en lo que con nosotros mismos llevamos.

Catarsis es valorar, más allá de filias y fobias, las palabras de vencidos y vencedores. Querámoslo o no, en la doble herencia, indígena e hispánica, están las raíces más profundas de la realidad histórica de México. Sólo en función del propio ser con cultura mestiza, y no de algo hipotético o imaginario, se torna significativo el presente y se abre la atalaya para avizorar los tiempos que están por venir.⁵

A la *Visión de los vencidos* sucederán un número impresionante de artículos tocantes a lo indígena y una cantidad no menos impresionante de libros ya muy conocidos que describirán de manera totalizadora el mundo náhuatl prehispánico visto desde los más variados enfoques: *Toltecayotl*, *Los antiguos mexicanos a través de sus cantares*, *Trece poetas del mundo azteca* (que son ahora quince en su más reciente edición), *El libro de los huehuetlatolli*, las “Artes” de la lengua mexicana —ya sea la de Olmos o la de Carochi—, *Literaturas indígenas de México* y, más recientemente, *La flecha en el blanco* son tan sólo algunas de las obras que “galvanizaron”, según una expresión del historiador francés Michelet, la cultura precolombina que todos creían difunta.

La dimensión novohispana del indigenismo de Miguel León-Portilla

La *anamnesis* cultural que realizó Miguel León-Portilla a partir de manuscritos posteriores a la Conquista no impidió un acercamiento a la realidad novohispana del indígena, en particular en lo que concierne al encuentro

⁴ Miguel León-Portilla, *Visión de los vencidos*, México, UNAM, 1959, p. v.

⁵ *Ibid.*, p. v, vi.

de dos religiones patente en muchos documentos de carácter evangelizador. El llamado *Coloquio de los doce* es quizás el más conmovedor de todos. En su edición de 1986, publicada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, Miguel León-Portilla subraya, sin menospreciar por esto a los frailes franciscanos que intentaron imponer su dogma de fe, la autenticidad y grandeza de la religión indígena. Los sermonarios, las psalmodias y las doctrinas son objetos de estudios preliminares o de prólogos que sitúan al indígena en el contexto novohispano. A este encuentro de religiones se añaden los encuentros lingüísticos como lo son el *Diccionario de la lengua mexicana*, de Alonso de Molina, y las gramáticas ya mencionadas.

En el ámbito histórico, los cronistas indígenas o mestizos de la colonia son estudiados y sus obras publicadas siempre con un aparato crítico que no se limita a esclarecer el texto en términos científicos, sino que elogia, a veces de manera ditirámica pero nunca gratuitamente, la cultura descrita. Alvarado Tezozómoc, Ixtlilxóchitl, Cristóbal del Castillo y Chimalpahin son dados a conocer, así como sus obras.

Desde los conjuros recopilados por Hernando Alarcón, cura de Ateango, y otros religiosos hasta los *tocotines* de sor Juana, pasando por el *Nican Mopohua*, el relato de la aparición de la Virgen a Juan Diego, León-Portilla percibe los latidos indígenas en el corazón del México novohispano y concluye: “Las literaturas indígenas del período Colonial son más ricas de lo que gratuitamente se había supuesto.”⁶

El penúltimo libro de Miguel León-Portilla, *La flecha en el blanco*, enlaza la problemática indígena patente ya en los primeros años de la Colonia con los recientes acontecimientos ocurridos en Chiapas. En efecto, la rebelión del Caxcan Tenamaztle “empeñolado” con miles de sus congéneres en el Miztón, al sur del actual estado de Zacatecas en 1541, se describe como una reacción *justa* de los indígenas frente a las múltiples exacciones de los españoles. A lo largo del libro el autor exhibe los documentos y esgrime los argumentos para defender la justa causa de los indígenas de ayer y establecer asimismo parámetros históricos que permitan apreciar su situación presente. Respecto a esto leemos en la introducción del libro:

La historia de la guerra del Miztón y de la ulterior defensa en Valladolid, en lo que fue su presente hace casi cuatro siglos y medio, y en el nuestro cuando la repensamos y revivimos, se nos muestra hoy confiriendo significación de profundo humanismo a la justa resistencia y, en ulterior alegato, incluso al doloroso recurso a la guerra. Mi oficio ha sido rescatar y reunir los testimonios que nos hablan de esta historia, en particular de los de quienes fueron sus actores principales. De este modo la presento, en la convicción de un compro-

⁶ Miguel León-Portilla, *Literaturas indígenas de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 303.

miso con la causa de la natural defensa de los indios que durante medio milenio han sobrevivido sometidos, privados de lo que era suyo, desde sus tierras hasta de sus creencias, marginados ellos, sus lenguas y sus vidas.⁷

La historia, decía Michelet, es “la inteligencia de la vida”. Casi cuarenta años después de la *Visión de los vencidos*, Miguel León-Portilla invita a una consideración retrospectiva, inteligente y sensible del pasado indígena de México que pueda ayudar a resolver las dificultades del presente y conjurar las amenazas del futuro.

El indigenismo en su contexto interamericano

En el mes de septiembre de 1960, algunos días después de la muerte del doctor Manuel Gamio, Miguel León-Portilla fue electo por unanimidad nuevo director del Instituto Indigenista Interamericano. Había sido sucesivamente subdirector de dicho instituto de 1955 a 1958 y de 1958 a 1960, además de secretario del mismo de 1958 a 1960. Algunos meses después de su toma de posesión enunciaba claramente cuáles iban a ser sus objetivos:

Nuestro actual objetivo es reforzar la actividad del Instituto en lo que constituye su misión primordial. Es necesario conocer y difundir, en una especie de cuadro preciso y objetivo, cuál es la orientación, los éxitos y los fracasos, si es posible de todas las promociones indigenistas que se llevan a cabo actualmente en el Continente. Un segundo paso será precisamente confrontarlas con sentido objetivo y crítico para lograr su coordinación, aprovechando experiencias mutuas, en un plan de trabajos de carácter integral. De este modo el *Instituto Indigenista Interamericano* podrá iniciar una colaboración directa y estrecha en el terreno de la práctica con sus varias filiales, los organismos nacionales del Continente.

Por una parte se promoverá el intercambio de técnicos y personas especializadas, sobre la base de becas, con el fin de lograr su adecuado adiestramiento para trabajar en el desarrollo integral de comunidades indígenas. Esto, sin olvidar que existen en el Continente grandes diferencias, tanto desde el punto de vista ecológico como cultural, en las varias poblaciones indígenas. Como ejemplo puede citarse el caso de los selvícolas de la gran Cuenca del Amazonas, cuyas formas de vida difieren por completo de las poblaciones que habitan en la región Andina, en Centro América, o en el Altiplano de México.

Por otra parte, es menester lograr que la iniciativa privada se interese de manera efectiva por participar en esta empresa de elevar las condiciones de vida de los ciudadanos indígenas. Para la iniciativa privada esto significará, ante todo, fomentar el desarrollo de la economía nacional y consiguientemente la apertura de nuevos mercados y aun de nuevos centros de producción,

⁷ Miguel León-Portilla, *La flecha en el blanco. Francisco Tenamaztle y Bartolomé de las Casas en lucha por los derechos de los indígenas, 1541-1556*, México, Diana, 1995, p. 19-20.

todo lo cual redundará a la postre en beneficio del desarrollo general del país. Además, con su participación directa, la iniciativa privada estará asumiendo la responsabilidad social que le corresponde, justificando así desde un nuevo punto de vista su existencia como colaboradora, al lado de los Gobiernos, en los programas de desarrollo económico.

Coordinada la realidad del indigenismo interamericano e incrementada su acción en el terreno de la práctica, podrá convertirse éste en uno de los factores fundamentales para el desarrollo y la unión del continente americano. Marchar en pos de esto, en la medida de nuestras fuerzas, es precisamente nuestro objetivo.⁸

Este texto muestra de manera inconfundible la conciencia aguda de las necesidades indígenas a nivel interamericano, tanto desde el punto de vista ecológico, como social, cultural y económico. En lo que concierne a este último rubro, el proyecto de integrar a la iniciativa privada dentro de la dinámica económica indígena hubiera podido quizás, de haber sido considerado por las autoridades competentes, evitar los esperpentos económicos que sufren hoy en día las comunidades indígenas del país.

En otra ocasión señalaba Miguel León-Portilla:

Juntos finalmente los países americanos con población indígena, es propósito del Instituto, intensificar por todos los medios posibles su acción directa, luchando por que el indigenismo no sea meramente una idea, sino sobre todo acción integral, apoyada en la metodología de las ciencias sociales, para lograr que los treinta millones de descendientes de los más antiguos de los americanos, puedan satisfacer sus aspiraciones de una vida mejor, participando en el desarrollo de sus respectivas patrias.⁹

En momentos en que está reflexionando sobre aspectos pretéritos de la realidad indígena de México en los libros que escribe, Miguel León-Portilla trabaja en la dimensión presente y propone acciones tan lúcidas como concretas que buscan la integración armoniosa de los indígenas en la totalidad nacional.

En 1961, el Instituto emprendió un programa que intentaba, según la expresión de Miguel León-Portilla una “aplicación coordinada de fuerzas y recursos ya existentes” en la sierra norte de Puebla, más exactamente en las comunidades de Zacapoaxtla y Cuetzalan. Se pretendía, según lo asevera Demetrio Sodi, realizar

una investigación antropológica básica de las comunidades indígenas de la zona, y gracias a los datos y descripciones etnográficas obtenidas, lograr que las fuerzas y recursos oficiales y privados que no habían podido actuar debido a desconocimiento de las diferencias culturales de los grupos, con la ayuda

⁸ *América Indígena*, México, enero, 1961, v. XXI, núm. 1, p. 3-4.

⁹ *América Indígena*, México, enero, 1961, v. XXII, núm. 1, p. 364.

del Instituto empezaran a intervenir satisfactoriamente, procediendo al desarrollo integral de la zona.¹⁰

En un artículo intitulado “La experiencia de la Sierra de Puebla”, publicado en el *Anuario Indigenista*, Miguel León-Portilla señaló:

Concluida la etapa preliminar de investigación que, como se ha indicado, permitió obtener un cuadro general de la situación socio-económica de estos municipios, el mismo equipo de trabajadores de campo procedió a planificar y programar los trabajos que debían emprenderse. Para esto se partió una vez más del criterio de la aplicación coordinada de fuerzas y elementos ya existentes.

En pocas palabras puede decirse que el objetivo buscado fue doble. Para atender en forma directa los problemas de carácter socio-económico, sanitario y educativo, se buscó, por una parte, encontrar las formas de elevar o complementar el ingreso de las familias indígenas por medio principalmente de la organización de programas de crédito supervisado. Por otra, tomando en cuenta la situación de estos municipios y sus relaciones principalmente de carácter económico, con áreas adyacentes, se inició la planificación de los servicios más indispensables, cuya introducción debía gestionarse ante las diversas secretarías de Estado en campos tan importantes como el sanitario, educativo, fomento agrícola, vías de comunicación, etc. La idea fue obtener en un lapso, que oscila entre cinco y diez años, diversas formas de complementación del ingreso económico, gracias a los programas de crédito supervisado, poniendo, asimismo, en marcha un proceso de desarrollo socio-económico, el cual debe obtenerse por la introducción de los servicios públicos ya mencionados. Desde un principio se desechó cualquier forma de tutelaje, buscándose siempre la capacitación de los indígenas en las técnicas que les permitan aprovechar mejor sus recursos, mostrándoles los caminos para obtener créditos, abrir y conservar nuevos mercados.¹¹

Al tiempo que hurgaba en las fuentes para exhumar los testimonios de la grandeza precortesiana, León-Portilla se enfrentaba al paupérrimo presente de los pueblos indígenas. Al conmemorarse el vigesimoquinto aniversario del Instituto Indigenista Interamericano, Miguel León-Portilla señalaba:

No es ya el momento de pensar en remedios parciales capaces de influir sobre unos cuantos centenares o millares de indígenas. Hay que tomar en cuenta, dentro de los programas nacionales, la presencia de los descendientes de los más antiguos americanos para suprimir barreras y hacer de verdad posible su participación en la economía y en la cultura de sus propias patrias. Es ésta una obligación que no puede seguir aguardando de manera indefinida su

¹⁰ Demetrio Sodi, en *América Indígena*, México, enero, 1966, v. XXVI, núm. 4, p. 365.

¹¹ *Anuario Indigenista*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1963, v. XXIII, p. 75-76.

cumplimiento, porque postergarla significaría destruir la posibilidad misma del desarrollo que se pretende dar a los países americanos.¹²

En su defensa de los valores indígenas, Miguel León-Portilla vincula estrechamente el pasado y el presente pero distingue con claridad lo que representan para el indigenismo, el pasado y la realidad presente:

La idea del indigenismo ha tenido sentidos divagantes y distintos a través de los años en la mente y en los propósitos de no pocos. Para algunos ha sido tema de actitudes románticas que llevaron a ver en lo indígena, especialmente en lo precolombino, una especie de paraíso perdido. Para otros, indigenismo significó el propósito de enaltecer lo aborígen americano por el solo hecho de serlo. Consecuencia extrema de esto llegó a ser la idea de querer revivir artificialmente antiguas prácticas indígenas y de contraponer con violencia los valores de las culturas nativas con los que provienen del mundo occidental. Para éstos, indigenismo e hispanismo llegaron a ser conceptos irreconciliables.¹³

Los principios normativos de la acción indigenista

Como director del Instituto Indigenista Interamericano, Miguel León-Portilla debe asumir en términos normativos la acción conjunta de distintos organismos y coordinar los esfuerzos individuales. Esta normatividad se establece no a nivel nacional sino en una perspectiva *americana*. La noción de indigenismo rebasa las fronteras y los determinismos económicos propios de cada país y se establece como una entidad socio-económica, política y cultural.

No uno sino varios han sido los criterios que en ocasiones se han propuesto como posibles principios normativos de la acción indigenista frente al hecho evidente de la heterogeneidad cultural. Un breve análisis de estas que hemos llamado “posibles alternativas” permitirá apreciar mejor la razones y hechos sobre los que se apoya el conjunto de criterios adoptados por el indigenismo antropológico.

Una primera alternativa, postulada por algunos etnólogos y estudiosos de las ciencias sociales, podría formularse así: ¿cabe pensar en la conveniencia de reestructurar los grupos o entidades indígenas con miras a la formación de las que podrían designarse como “nacionalidades autónomas”, en las que sería posible aunar el desarrollo a la preservación adecuada de su peculiar fisonomía y de sus raíces culturales prehispánicas?

El indigenismo no es una huida a un mundo de quimeras, ya que parte de un conocimiento lo más amplio posible de la realidad cultural de los grupos aborígenes, sin olvidar su relación con los grupos mestizos y de

¹² *América Indígena*, México, julio, 1966, v. XXV, núm. 3, p. 372.

¹³ *América Indígena*, México, enero, 1966, v. XXVI, núm. 4, p. 341-342.

otras procedencias. Además, reconoce que entre las formas de supervivencia cultural indígena hay muchas, desde todos los puntos de vista, estimables y positivas.

Entre ellas están, como ya lo hemos dicho, los antiguos criterios y valores étnicos y estéticos, así como las lenguas aborígenes, para no mencionar otras. Pero reconociendo la presencia de estas supervivencias, no puede pasarse por alto otro hecho igualmente verdadero e importante: en la gran mayoría de las comunidades indígenas los procesos de aculturación de más de cuatro siglos han modificado radicalmente lo que pudo haber sido la antigua cultura de raíz precolombina.

Las comunidades indígenas contemporáneas, sobre todo las de países como México y los de Centroamérica, a pesar de diversos grados de aislamiento y de manifiestas supervivencias de origen precolombino, han asimilado asimismo elevado porcentaje de elementos e instituciones de procedencia occidental. Quien examine con amplia perspectiva histórica los intereses y motivaciones de estos grupos, así como su posible significación dentro del marco del país en que viven, podrá ver que se hallan ya insertos en distintos procesos, tal vez no planeados, pero que inevitablemente llevan a lo que llamaremos una más completa mestización de la realidad nacional.

Quienes han postulado la reestructuración de posibles “nacionalidades autónomas indígenas”, presentan como argumento en apoyo de su tesis que inducir procesos de cambio en las comunidades aborígenes y buscar su integración con las mayorías mestizas del país es una actitud de imposición y violencia, opuesta a los criterios fundamentales de las ciencias antropológicas, respetuosas frente a cualquier cultura.

Atendiendo a esta objeción, cabe preguntar si no es todavía mayor imposición situarse en contra de los procesos históricos y culturales que configuran la realidad latinoamericana y en contra de la evolución natural de las propias comunidades indígenas, al pretender adjudicarles la invención de algo que actualmente ellas no buscan, como es la idea de las “nacionalidades autónomas”. El ser histórico de los pueblos iberoamericanos, querámoslo o no, ha sido y es precisamente consecuencia de la fusión de culturas y enriquecimiento a base de los legados indígena y occidental. Desde el punto de vista de las ciencias antropológicas, tan absurdo sería pretender lo indígena como hacer olvido anacrónico de lo occidental. Si ambos complejos culturales han alcanzado ya a fundirse en diversos grados, la tarea por realizar no puede ser otra que ayudar a encauzar, sobre las bases de un conocimiento y una planificación integrales, los antiguos procesos de aculturación espontánea con miras a una más cabal integración de la realidad socio-económica de los distintos países.

Justamente porque el indigenismo antropológico parte del reconocimiento de una realidad cultural y no de meros fragmentos de ella, así como descarta la artificial imposición de pretendidas “nacionalidades aborígenes”, se opone también a la que aparece también como alternativa contra-

ria: la de ignorar los valores y actitudes propias de los grupos indígenas dentro de los procesos de cambio. Premisa fundamental en la acción indigenista es tomar en cuenta las motivaciones de quienes más que nadie están interesados por participar en los programas y proyectos dirigidos a su propio desarrollo.

La teoría del indigenismo interamericano surge así, vale la pena repetirlo, como un empeño por tomar conciencia de la plenitud del ser histórico y contemporáneo de la mayor parte de los países latinoamericanos. Por ello no puede concebir a las comunidades indígenas como entidades abstractas, separadas artificialmente de la realidad socio-económica, política y cultural de sus respectivas naciones. Por lo contrario, atendiendo a los diversos procesos que han alterado las antiguas estructuras nativas y previniendo la presencia de nuevos e inevitables factores de aculturación, busca el modo de encauzar esos cambios con el fin de lograr formas espontáneas de participación e integración dentro de un contexto que cuenta con los recursos de la técnica en una más amplia realidad nacional.

De esta toma de conciencia el indigenismo deduce una primera consecuencia para normar su acción. Para fomentar cualquier proceso de aculturación tendiente al desarrollo de aspectos tan importantes como las actividades económicas, la atención sanitaria, las vías de comunicación, la educación, etcétera, es necesario partir de un conocimiento adecuado de la actual estructura de los diversos tipos de comunidades, las indígenas, las mestizas y las de origen predominantemente occidental, en la complejidad misma de sus interrelaciones. Para ello se requiere contar con personal preparado, capaz de emprender las investigaciones que permitan alcanzar ese conocimiento de la gama de diferencias culturales de los distintos grupos para planificar, iniciar, adaptar los proyectos y programas de aculturación inducida. En otras palabras, se necesita la presencia insustituible del antropólogo social, tanto para la investigación de la realidad de las comunidades como para percibir las motivaciones de los miembros de éstas y planificar en función de ello cualquier proceso de desarrollo.

De estas premisas implicadas ya por el reconocimiento de la heterogeneidad cultural, se han derivado la filosofía del indigenismo interamericano, así como sus conclusiones prácticas, o sea las formas de acción a las que concede prioridad. Esas formas de acción se reducen esquemáticamente a las siguientes: preparación de personal en diversos niveles; métodos de investigación de la realidad cultural, de los propósitos y motivaciones de las comunidades indígenas, y formas de planificación, iniciación o encauzamiento de procesos de aculturación en los que se cuente con la efectiva participación de las mismas comunidades.¹⁴

¹⁴ *América Indígena*, México, octubre, 1966, v. XXVI, núm. 4, p. 347-350.

Tierra para los indígenas

En sus gestiones en favor de los indígenas, Miguel León-Portilla no olvidó el problema de la tenencia de las tierras. En repetidas ocasiones elevó su voz para que no fueran despojados de lo que era suyo y que les fuera devuelto lo que les pertenecía. Un *Boletín Indigenista* de 1960 consigna lo que representa una victoria en este sentido:

Recientemente el Sr. Presidente de la República, Lic. Adolfo López Mateos, ha dirigido instrucciones al Jefe del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización, en el sentido de atender de manera especial, en el reparto de tierras, a los numerosos grupos indígenas del país. Muchos de esos indígenas como los mayos y yaquis, participaron activamente en la Revolución Mexicana y hasta la fecha no siempre han recibido la atención que se merecen en este punto. Concretamente, el profesor Roberto Barrios, Director del mencionado Departamento de Asuntos Agrarios ha hecho entrega de 86,694 hectáreas a integrantes de diversas comunidades indígenas, entre las que se encuentran los tarahumaras del Estado de Chihuahua, al norte de la República Mexicana, quienes han recibido 36,694 hectáreas de tierra.

Se ha dado posesión a los habitantes de Guachochi de una superficie de 20 000 hectáreas; al pueblo de Tónachi, se le entregaron 5,130 hectáreas para beneficio de 153 jefes de familia; a otros 532 jefes de familia de Caborachi se les han concedido cerca de 100 000 hectáreas.

El titular del Departamento de Asuntos Agrarios espera continuar esta distribución legal de tierras entre otros grupos indígenas como los ya citados yaquis y mayos de Sonora, los tzotziles de Chiapas, etc. Se trata en realidad de incorporar en forma definitiva a no pocos grupos indígenas, hasta ahora olvidados, al sistema ejidal restaurado por obra de la Revolución Mexicana. Afortunadamente, por lo menos en cinco casos, o sea, los tarahumaras de Chihuahua, los tzeltales y tzotziles de Chiapas y los mayas de Yucatán, cuentan con la ayuda técnica directa del Instituto Nacional Indigenista de México, que les permitirá obtener una más adecuada explotación de sus tierras.¹⁵

El legado intelectual y literario de las culturas indígenas

Sin refutar nunca la aportación cultural hispánica ni vituperar a las autoridades políticas, Miguel León-Portilla enuncia claramente los problemas que enfrenta el indigenismo y señala metas concretas por alcanzar. Entre ellas, además de las que preceden, el director del Instituto Nacional Indigenista Interamericano pide una “mayor difusión y estudio del legado intelectual de las culturas indígenas”. Para lograr este objetivo propone:

¹⁵ *Boletín Indigenista*, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1960, v. XX, p. 140.

1) Exponer a las varias facultades, principalmente de Filosofía y Letras de las Universidades del continente, *la importancia que tiene establecer en ellas cátedras y seminarios para el estudio de los textos indígenas, literatura y pensamiento*, de las grandes culturas americanas entre las que ocupan un lugar prominente *la maya-quiché, la quechua y la náhuatl*. Puede citarse, a modo de ejemplo, la organización del Seminario de Cultura Náhuatl, creado en la Universidad Autónoma de México en 1957, consagrado a la preparación de estudiantes que podrán llegar a especializarse en diversos aspectos de la cultura náhuatl, así como a la publicación de los textos clásicos indígenas en ediciones bilingües, náhuatl-español, de las que han aparecido ya varios tomos.

2) Por su parte el Instituto Indigenista Americano que ha publicado ya algunas obras relacionadas con la cultura intelectual del mundo náhuatl y *del mundo guaraní*, se propone continuar el estudio y la publicación de esta clase de libros, invitando asimismo a sus filiales del Continente a colaborar en esta empresa.

3) Resulta también de gran importancia la publicación de ediciones populares que pueden lograr más amplia difusión en todo el Continente, haciendo llegar al público el legado intelectual y literario de las culturas indígenas. Si esto se logra, se habrán obtenido simultáneamente dos objetivos más de gran importancia: primero, el conocimiento de la cultura intelectual prehispánica por parte de los no-indígenas, lo que ayudará a despertar en ellos mayor estimación por la población aborigen, reconociéndola capaz de grandes creaciones. Esto despertará aún mayor interés por conocer lo indígena y por elevar las condiciones de vida de los actuales descendientes de aquellos primeros creadores de cultura en el Continente Americano. Por otra parte —y esto constituye el segundo objetivo— la cultura nacional de los países americanos se enriquecerá y adquirirá cada vez más una fisonomía propia, resultado de ahondar en lo que constituye su más antigua raíz: las culturas nativas.

Finalmente, desde el punto de vista de la antropología social y aplicada, el conocimiento de las creaciones de cultura intelectual prehispánica resulta asimismo indispensable como un antecedente fundamental para poder acercarse a la mentalidad de los aborígenes contemporáneos, en quienes sobreviven más o menos latentemente muchas de las ideas y actitudes de su cultura prehispánica.¹⁶

Yancuic tlahtolli, yancuic cuicatl: palabra nueva, canto nuevo

La voz indígena de los pueblos del México precolombino, más allá de formalizaciones lingüísticas específicas y de manifestaciones literarias particulares de cada etnia, constituye sin duda un bloque cultural unitario. Los mitos nahuas, mayas, zapotecos y demás plantean de manera muy similar la relación del hombre con el mundo; los ritos, con variantes modales propias de cada grupo, enraizan con la fisis esta relación; por fin,

¹⁶ *América Indígena*, México, 1961, v. XXI, p. 37-38.

el canto, detrás de una amplia y variada gama de colores y fragancias sonoras, expresa un sentir común a los pueblos indígenas de México.

León-Portilla busca en toda su obra, a través de una minuciosa descripción de la expresión plural de los pueblos del México antiguo, esta unidad cultural que la fundamenta. Ésta constituye de hecho un gran “texto” en el sentido etimológico que tiene este vocablo, es decir, un gran tejido que ni las distinciones lingüísticas ni los compartimientos genéricos logran desgarrar.

En su acercamiento al gran texto mesoamericano, León-Portilla busca los hilos de la urdimbre hasta sus primerísimas manifestaciones históricas. En *Literaturas indígenas de México*, los bajos relieves olmecas y, más generalmente, la expresión monumental del preclásico son analizados para que reviva en la medida de lo posible la voz petrificada que atesoran. Inscripciones e imágenes es en esencia esta literatura, testimonios de la palabra de un pueblo que, a lo largo de muchos siglos, hizo posibles tan extraordinarias creaciones en América.

En dicha obra, la epigrafía de los mayas se considera también desde un enfoque literario. El autor establece una estrecha correlación entre imágenes e inscripciones glíficas que busca reactualizar el elemento narrativo potencial contenido en la piedra. Realiza asimismo el análisis de dos lápidas procedentes de Palenque: la primera, erigida por el señor Kan-Xul, el hijo de Pacel, representa a su hermano el señor Chan Bahlum; la segunda, conservada en el Museo de Dumbarton Oaks, exalta las hazañas del mismo señor Kan-Xul.

En busca de la voz pretérita de los pueblos indígenas de México, León-Portilla procede a una cuidadosa descripción de los códices, tanto los prehispánicos como los que fueron realizados durante el periodo colonial, en los que se consigna el patrimonio cultural de las comunidades indígenas. Cuando el documento yuxtapone textos manuscritos, es decir oralidad transcrita al alfabeto, e imágenes, dos sistemas semióticos convergen y se ilustran mutuamente.

La noción del indigenismo que propone León-Portilla implica sin duda alguna el derecho a la expresión, ya sea meramente referencial o poética, y de hecho gran parte de sus esfuerzos consisten en estimular la producción literaria en lenguas vernáculas de México. *Estudios de Cultura Náhuatl*, la revista universitaria que dirige, es el portavoz gráfico por excelencia de esta nueva palabra, por lo menos en lo que concierne a la cultura náhuatl; pero el “proselitismo” se lleva a cabo también mediante debates, foros nacionales e internacionales, eventos culturales como las ya famosas *Nechicoliztli* o “reuniones de hablantes del náhuatl”, publicaciones, exhortaciones por radio y televisión que ayudan a difundir la nueva palabra indígena.

Como sementera de flores que una vez más abren sus corolas, la Mesoamérica contemporánea, es decir, lo que perdura del México indígena, vuelve a ser

escenario en el que forjadores de cantos, de rostro y corazón conocidos, elevan ahora su voz. Más de diez son las lenguas nativas que continúan escuchándose en el ámbito de Oaxaca. El zapoteco, la más hablada de todas, conoce un nuevo florecer literario, de modo particular, en la región de Juchitán, en el istmo de Tehuantepec. Allí se han publicado algunas revistas y periódicos en los que se incluyen composiciones en zapoteco. Una de estas revistas tiene por título *Guchachi'Reza*, "Iguana rajada"...¹⁷

En forma de artículo o como libro la obra de Miguel León-Portilla referente a las literaturas indígenas contemporáneas, además de representar generalmente una pequeña antología de lo que se escribe, es una verdadera *crítica* que sanciona a la vez que estimula su producción.

Una muestra de los trabajos de recopilación de la narrativa contemporánea es la que ofrece Teodoro Canul, intitulada *Tsik balo'oop maya: cuentos mayas*, Cultura SEP, México, 1982. Existen además varias revistas y periódicos que dan cabida a la publicación de poemas y textos de la narrativa contemporánea en maya yucateco.¹⁸

A esta labor de difusión de las letras indígenas que realiza Miguel León-Portilla, hay que añadir el empeño por sistematizar e institucionalizar los esfuerzos:

A partir de la creación en 1986 del Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamérica y el Estado de Chiapas, coordinado por la Universidad Autónoma de Chiapas y la Universidad Nacional Autónoma de México, se ha fomentado la creación de talleres literarios y los concursos de cuentos en lengua tzotzil entre los habitantes de diferentes comunidades. Por primera vez en buen número de pueblos, incluso entre algunos relativamente aislados, los maestros rurales, así como jóvenes, hombres y mujeres, tomaron la pluma para participar en ese concurso. Se ha publicado ya un volumen en el que se recogen quince de las mejores composiciones de los participantes: *Cuentos y relatos indígenas*, Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamérica y el Estado de Chiapas, UNAM, México 1989.¹⁹

Conclusión

Entregado en cuerpo y alma al indigenismo americano, Miguel León-Portilla no sólo busca exhumar del rico subsuelo histórico "el jade y la pluma de quetzal", el "aliento y la palabra" de los ancianos, sino que trabaja incansablemente para revitalizar la raíz indígena de México con el fin de

¹⁷ Miguel León-Portilla, *Literaturas Indígenas de México*, op. cit., p. 317.

¹⁸ *Ibid.*, p. 323

¹⁹ *Ibid.*, p. 324.



que siga alimentando con su savia el tronco y las ramas culturales, la cuales a su vez cargarán nuevos frutos.

Obra de historiador, de lingüista, de antropólogo, de etnólogo y de literato es la de Miguel León-Portilla, pero ante todo obra de un humanista que busca preservar las culturas indígenas de México de una destrucción que empobrecería a la humanidad. Obra por fin que permanece felizmente inconclusa, ya que, a sus setenta años de vida, Miguel León-Portilla tiene un futuro a la medida de su presente.